

## CAPÍTULO QUINTO

### LA CARTA DE VALENTINA

Alberto se arrojó fuera del dormitorio y cerró la puerta, cayendo de rodillas junto á ella: allí, apoyando la frente contra la madera, esperó con ansia mortal el primer suspiro de Margarita.

Lo que pasaba entonces en el alma de aquel desventurado, sólo Dios puede saberlo; inmóvil y conteniendo el aliento, asemejábase á la estatua de la desesperación.

El reloj del aposento de Marcela dió las tres y cuarto. Estremecióse Alberto, pero no se movió: permanecía postrado y con la frente inclinada en la actitud de un hombre arrodillado en el cadalso y esperando el golpe mortal que va á descargarle el verdugo.

Seguía la tempestad, cuya furia había crecido; retumbaba el trueno precedido de azulados relámpagos, y la lluvia caía á torrentes, estrellándose á impulsos del viento en los cristales de las ventanas.

De repente se estremeció el Barón y levantó la cabeza ansiosamente, acercando sus ojos á la cerradura: el reloj acababa de dar las tres y media.

El semblante de aquel hombre se descompuso horriblemente, y su mano derecha, oculta en su seno, lo desgarró sin piedad, enrojeciéndose bien pronto la azulada blancura de su camisa.

Acababa de ver á Margarita apoyarse sobre un brazo é incorporarse en el instante mismo en que sonaba el reloj.

La joven alargó la mano para tomar el vaso y acabar de beber el agua que contenía; mas sus ojos se fijaron en la carta que estaba sobre la mesita de noche; una viva expresión de asombro se dibujó entonces en sus angélicas facciones, y tomó la carta abriéndola con trémula mano.

—¡La letra es de mi madre!...—exclamó con voz alterada y con los ojos llenos de lágrimas.— Sí... ¡de mi madre!—repitió; y volviendo la carta para buscar la firma, lanzó, al verla, un grito penetrante. Acababa de leer el nombre de *Valentina*.

Margarita se sentó en el lecho; apoyó en su corazón ambas manos y cerró los ojos como si fuese á desmayarse, pero sin dejar la carta; después alzó de nuevo sus anchos párpados, y volvió á desdoblar el papel, recorriéndolo con la vista apresuradamente.

La carta decía así:

«Á MI HIJA

»Cuando leas esta carta, Margarita mía, hará ya mucho tiempo que tu madre descansa en el



seno del Señor; pero desde los pies de su trono velará también por ti y rogará por tu dicha.

»Hoy, que es el último día de mi vida y que voy á comparecer ante el Supremo Juez, te doy mi despedida, hija mía, y te ruego que no olvides nunca lo que voy á decirte; sé que lo comprenderás, porque tendrás diez y siete años y permites á mi orgullo maternal adivinar en ti un talento precoz y una adorable bondad de corazón.

»Escucha, hija mía. El hombre que te entregará esta carta, que será el Barón de Medina, es el ángel salvador que Dios, en su bondad infinita, quiso enviarme para calmar mis sufrimientos; á él debemos tú y yo el no haber muerto de hambre, aunque hasta hoy me lo haya ocultado con mil piadosos artificios; pero en el momento de abandonar la vida, un rayo de luz ilumina mi inteligencia, y Marcela ha sabido además de dónde provienen nuestros socorros; yo te juro, hija mía, que á él debemos tú y yo la vida hace dos años.

»Ámale, pues, hija mía; ámale más que á todos los seres de la tierra... Yo te ruego por el amor que siempre te he tenido; yo te mando por la memoria de tu padre, que me llama desde el cielo; yo te suplico, agonizante ya, que después de Dios mires á ese hombre como el objeto de tu mayor adoración en el mundo.

»Sé buena, hija mía, y serás feliz. Si vives junto á tu bienhechor, su ejemplo te bastará para in-

fundirte amor á la virtud; si, como presiento, le pierdes pronto, oye el ruego de tu madre moribunda, busca tu refugio en las paredes de un claustro... porque estás sola en el mundo, y faltándote su apoyo, sólo te queda el de Dios.

»No me acuses, Margarita, porque sólo te dejo el arbitrio de elegir entre el cielo y él: quiero escudarte contra los amores del mundo, que dan la miseria y la desgracia cuando son verdaderos, porque rara vez es posible conciliar en este valle de lágrimas los goces del corazón y de la fortuna; el abandono y el dolor cuando son falsos.

»Mas si te acoges al amparo de Dios, conságrale todos tus pensamientos, y su recuerdo te fortalecerá.

»Adiós, mi pobre y querida hija... Adorada Margarita... adiós... Tu buen padre y yo rogaremos al Señor por ti... Recibe nuestra bendición... y el último beso de tu infeliz madre.

VALENTINA.»

Al concluir de leer esta tierna y dolorosa carta, regada por copiosas lágrimas, la llevó la joven á sus labios como si quisiera encontrar en el papel el beso que depositara su madre; volvió después sus ojos al cuadro de la Virgen y la contempló durante largo rato con una inefable expresión de amor y reconocimiento: diríase que le daba gracias por lo que acababa de saber.



La luz del alba penetraba ya por las ventanillas de la alcoba. La Baronesa tomó del sillón inmediato al lecho el largo peinador blanco, que se había quitado cuatro horas antes, y se lo puso, saltando en seguida del lecho, y metiendo sus desnudos y lindos piecitos en unas babuchas de taflete; arrodillóse después, y volvió á clavar sus ojos en la Virgen, cruzando las manos.

—¡Gracias, madre mía!—exclamó con los ojos animados y radiante de alegría su frente.—Gracias! Tú has disipado las nieblas que obscurecían mi inteligencia... tú has puesto fin á mi lucha... tú me has hecho feliz... ¡Oh, sí, muy feliz! porque ahora conozco que le amaba, ¡que á nadie he amado más que á él!...

El Barón sacó la mano del pecho y la llevó á su frente dudando de lo que oía.

—¡Oh, madre mía! ¡madre mía!—prosiguió Margarita.—¡Cuán dichosa soy en seguir tu santo consejo... ¡Cuán feliz viviré entre las paredes de un claustro, adorando su recuerdo y el tuyo! Nuestro bienhechor, madre mía, está ahora en el cielo contigo y con mi padre, y los tres podéis leer en mi corazón... Preguntadle vosotros, preguntadle si hay amor, si hay adoración para él en el fondo de mi alma, y decidme si estáis contentos de vuestra hija...

Un grito de inmenso júbilo, de loca y delirante alegría, resonó al otro lado de la puerta. La joven no le oyó. Su semblante se había iluminado con

una expresión de dicha tranquila y reflexiva, por decirlo así; el alma elevada de aquella angélica criatura se había revelado en toda su grandeza: conocía que sólo, únicamente había amado al ser cuyo nombre llevaba, y que le había amado sincera y profundamente; descubrió entonces el origen de sus sensaciones, y vió que aquel amor, que había crecido con ella, formaba una parte de su ser; ni siquiera pensó en quién podía haber puesto allí la carta de Valentina; mas aquella carta sagrada había descorrido el velo que ofuscaba su juvenil inteligencia, y conoció que su mayor felicidad consistía en obedecer el precepto maternal.

Nadie puede adivinar los secretos del corazón de la mujer; yo sería temeraria por demás si asegurase que Margarita había sentido una verdadera pasión por su esposo, ó si negase que amaba á Adriano; mas para su noble y generoso corazón era bastante el recuerdo cariñoso de su bienhechor, y creíase más dichosa así, que abandonándose á una pasión nueva, aunque legítima.

Levantóse Margarita; entró en el tocador, y salió á poco. Llevaba un oscuro vestido de lana y un largo capuchón de seda negra; traía en la mano dos cartas: la una era la de su madre, y la guardó cuidadosamente en su seno; la otra la dejó sobre la mesita de noche. Dirigióse al cuarto de Marcela, y Alberto sólo tuvo tiempo para ocultarse detrás de la cortina del balcón.



La joven entró en la alcoba y llamó á la anciana; mas no viéndola, salió por otra puerta que daba al corredor y volvió á llamarla suavemente: un instante después apareció el ama de gobierno. Su primera mirada, llena de angustia, fué registrar el aposento: al advertir que su señor no estaba en él, ahogó un grito de terror, pero una densa palidez cubrió su semblante.

—Abrigate, Marcela, y vámonos—dijo la Baronesa echándose ella misma la amplia capucha de su abrigo sobre la frente.

—¡Tan temprano quiere usted salir, señorita!—exclamó la anciana.—¿Adónde vamos, si apenas es de día?

—Ya lo verás—contestó Margarita;—ya lo verás, mi buena Marcela.—Y entrando de nuevo en su dormitorio, descolgó de la pared la Virgen de Carlos Dolzi, y volvió á salir con el cuadro en la mano.

—Hazme el favor de llevar esto, Marcela—dijo después de imprimir sus labios en la imagen.—Ya sabes que es el retrato de mi madre.

Marcela tomó el cuadro y siguió á Margarita, que ya cruzaba el espacioso corredor, débilmente alumbrado por la primera luz del día. En el alma de la pobre anciana había un mar de dolor. Su buen juicio, su corazón sensible y leal, no le permitían creer que el suceso de aquella noche fuese un sueño: ella había visto, había hablado á su buen señor; ella había oído de su boca estas pa-

labras, que aún sonaban en su corazón como un eco lúgubre: «Dentro de cuatro horas, si no me encuentras aquí, ruega á Dios que me reciba en el cielo.» ¡Ay! su señor no estaba allí... ¿Dónde estaba?

Marcela conoció con el admirable instinto de que estaba dotada, que nada debía decir á la Baronesa, y siguió silenciosa á su joven señora, que se dirigió presurosa hacia la playa.

Cualquiera que hubiese pasado junto á Marcela hubiese conocido que rezaba.

La aurora había disipado la tempestad; ya doraba el sol las altas torres del palacio de la Vicaría, y los pescadores acudían á la playa. Margarita y Marcela la cruzaron rápidamente y llegaron al puerto.

Divisábanse, mecidas por las ya sosegadas ondas del Adriático, muchas embarcaciones ancladas, y cada una ostentaba desplegado al viento el pabellón de su nación.

Algunos buques mercantes iban á darse á la vela. La joven buscó con anhelo la bandera española, y la vió ondear en tres fragatas y un hermoso navío de tres puentes que iba á salir también del puerto.

Maniobraban los marineros, y el capitán, que era un gallardo joven de fisonomía simpática y distinguida, presenciaba las operaciones de pie sobre la cubierta.

Al ver á las dos mujeres que se acercaban,



saltó á tierra con presteza y se dirigió á ellas cortésmente, con su gorra galoneada en la mano.

—Este buque, á lo que veo, es español, ¿no es verdad, caballero?—preguntó Margarita al capitán, después de contestar á su saludo con una inclinación de cabeza.

—Sí, señorita—respondió el joven en buen castellano y con un ligero acento andaluz:—es *El Príncipe de Asturias* y está al servicio de nuestro buen Rey Fernando VII, que Dios guarde.

—¿Va á darse á la vela?

—En este instante.

—¿Cuál es el puerto donde ha de tomar tierra?

—Barcelona.

—¿Podremos marchar en él nosotras dos?

—Sí, señorita, con tal que vuelvan ustedes muy pronto y manden en seguida sus equipajes.

—No llevamos nada, caballero—dijo Margarita ruborizándose ligeramente;—podemos embarcarnos ahora mismo, si usted quiere.

El capitán presentó su brazo á la Baronesa con una galantería digna del más aristocrático salón; la joven se apoyó en él, y se embarcó seguida de Marcela y del capitán, que las condujo á la cámara de popa. Al llegar allí, Margarita echó hacia atrás la capucha de su ancha manteleta y descubrió su angélica cabeza rubia y rizada.

Todos los pasajeros hicieron un movimiento de admiración al cruzar la joven, que saludó noblemente inclinando la cabeza.

—Voy á conducir á ustedes á sus camarotes—dijo el capitán, que continuaba dando su brazo á Margarita, y atravesaron ambos, seguidos de Marcela, la ancha cámara.

—Estaremos las dos en el mismo, si usted no se opone, caballero—dijo dulcemente Margarita;—esta buena señora me sirve de madre y me sería muy sensible separarme de ella.

—Sea como usted guste, señorita—contestó el capitán.—Puede usted explicarme con entera confianza todos sus deseos, segura de que, en complacerla, tendré una verdadera dicha. Sobre mí pesa el sagrado deber de velar por la tranquilidad y bienestar de mis pasajeros, y esta obligación se convierte para mí en el más grato placer.

Al decir esto, abrió la puerta de un lindo camarote adornado con exquisito gusto; soltó suavemente el brazo de la Baronesa para indicarle que habían llegado á su destino, é inclinándose profundamente delante de la joven, y algo menos al pasar junto á Marcela, se alejó con ligero paso.

Un cuarto de hora después se daba á la vela *El Príncipe de Asturias*, ondeando al viento su orgullosa y preciada bandera española: los tres cañonazos de ordenanza señalaron su salida del puerto de Nápoles, y el viento fresco y suave que sucediera á la tempestad, rizaba las azuladas ondas del Adriático, que cortaba en su giro la gallarda embarcación.

Un observador curioso hubiera visto desde el



puerto un espectáculo que hubiera llamado mucho su atención: en la ventana de uno de los camarotes del buque que partía, estaba una mujer anciana mirando hacia el lado de la ciudad y haciendo señas con un pañuelo blanco á un hombre de extraña y varonil hermosura que, en pie sobre la playa, miraba alejarse *El Príncipe de Asturias* con una expresión de alegría imposible de describir.

Allí permaneció hasta que le perdió de vista; cuando ya no fué más que un punto imperceptible en la inmensidad del mar, elevó al cielo sus manos cruzadas, murmurando sus labios una fervorosa oración.

Y en el camarote en cuya ventana aparecía la blanca cabeza de la anciana, una joven vestida con un modesto traje de lana, oscuro, oraba también arrodillada ante una imagen de la Virgen pintada por Carlos Dolzi.

¿Á quién oraba él? Era que daba gracias á aquella hermosa Virgen, á la cual rogara poco antes en su agonía y cuyo original está en el cielo.

¿Á quién rezaba ella? ¡Ah! su alma inocente se elevaba hacia la Madre de Dios, al mismo tiempo que contemplaba en la pintura del joven artista veronés las puras facciones de su madre...

Aquella dulce criatura confundía en un mismo amor á la Madre celestial y á la que le había dado el ser.

¡Oh, Virgen pura, estrella de consuelo! ¡Tú eres la que del seno de los más amargos dolores sacas la dicha para los que te aman! ¡Tú, Madre mía de piedad, eres la esperanza de los desventurados, y si dejas caer tu mirada sobre los míseros mortales, no hay pesar que no alivien los rayos de tus divinos ojos!